El amor y el sport. — Interior de la cubierta del n.º 11.
Una gracia de Cupido. — Interior de la cubierta del n.º 12.
¿Por qué las siguen? — Interior de la cubierta del n.º 13.
Regla general. — Interior de la cubierta del n.º 14.
Variaciones de peso. — Interior de la cubierta del n.º 15.
Un cuarto de vino. — Interior de la cubierta del número 16.
El lenguaje de las flores. — Interior de la cubierta del n.º 17.
S, E. el caballo. — Interior de la cubierta del número 18.
Exámenes. — Interior de la cubierta del n.º 19.
A la verbena. — Interior de la cubierta del n.º 20.
Marina de tierra. — Interior de la cubierta del número 21.
Viajes de veraneo. — Interior de la cubierta del número 22.
Baños, — Interior de la cubierta del n.º 23.
¡No más calor! — Interior de la cubierta del n.º 24.
¡En ridículo! — Interior de la cubierta del n.º 25.

RETRATOS

S. M. la Reina Regente.. 1
José Collaso y Gil. — Alcalde de Barcelona. . 9
S. A. R. María de las Mercedes / María Teresa 13
Ramón Larroca, Gobernador de Barcelona; y su familia. 21
Maestro Manuel Giró. 22
Enrique Serra, en su taller de Roma.. . . . »
Cardenal Cascajares. 31
S. M. el Rey Alfonso XIII.. 37
Maestro Agustín L. Salváns. 46
Conchita Bordalba. 57
Maestro Luis Millet é individuos del «Orfeó Catalá». 70
S. A. R. la Infanta Isabel. 85
Conde de Caspe, Capitán general de Cataluña. 97
Maestro Claudio Martínez Imbert. 108
Mme. Ariclée Darclée. 109
Tomás Moragas. 122
Avelina Carrera / Erina Borlineto / Anita Barone / Ettore Marchi / Francisco Puiggener — en la ópera «Nerón». 145
Antonio Rubinstein. 146
Rodolfo Ferrari. — Maestro concertador de la ópera «Nerón».. 147
Alberto Bernis.—Empresario del Gran Teatro del Liceo. . . . . »
Varios niños premiados en el baile infantil de trajes.. 153
Estudiantina valenciana.. 154
José Llovera, en su taller. 158
Jaime Catalá y Albosa; Obispo de Barcelona. . 169
Maestro Alberto Cotó. 192
Elena Teodorini. 193
Rosina Storchio y Alessandro Bonci; en «La Boheme». 201
Maestro José Ribera y Miró. 204
Los marqueses de Marianao. 205
Joaquín Coll y Regás. 211
Duque de Medina Sidonia. 217
El Obispo de Chilapa (Méjico). 223
Jurado de premios de la Exposición de Bellas Artes.. 225
Federico Alonso. 228
María Alvarez Tubau. 229
Maestro V. Costa y Nogueras.. 240
María Guerrero. 253
Fernando Díaz de Mendoza. . . . . »
Maestro J. García Robles. 264
Cecilio Pla, en su taller.. 270
Maestro Fermín M.ª Alvarez. 273
Maestro Celestino Sadurní.. 276
Mercedes de Rigalt. 289
Eusebio Güell Bacigalupi. 297
Maestro Salvador Giner.. 300
Guillermo Laa, Gobernador Civil de Sevilla. . 306
Eugenio Agacino, Diputado á Cortes. . . . »
Maestro Cándido Orense. 312
Duquesa de Nájera. 313
Marquesa de Villapanés.. . . . . »
Manuel González de Soto. 321
Pedro N, González de Soto. . . . . »
Maestro P. Astort.. 324
Alejandro Saint-Aubín, en su taller. 334
José Rodríguez y Fernández. 336
Julio A. Roca, Presidente de la República Argentina. 349
El general Duque de Nájera. 361
Maestro Borrás de Palau. 372
Carmen Bonaplata Bau.. 373
Adolfo de Castro. 380
Maestro Roberto Goberna. 384

VISTAS GENERALES

Teatro Solís. (Montevideo). 6
Salón de conferencias en el Ayuntamiento de Barcelona. 10
Pieza de sitio. 26
Artillería montada. . . . . »
Alcázar de Segovia. 27
Fábrica de cartuchos en Toledo. / » » pólvora sin humo en Granada. . 30
Regimiento montado acampado. 34
Artillería de montaña aparcada. 35
Taller del pintor Tomás Moragas.. 122
Carteles premiados en el concurso del presente carnaval.. . . . . 133, 134, 135, 138 y 139
Recuerdos de la fiesta ciclista.. 155
Catedral de Barcelona. — Testero del coro y púlpito. 218
Catedral de Barcelona. — Organo y puerta de salida.. 219
Cartel anunciador de la Exposición de Bellas Artes, premiado en público concurso y original de Mirabent. 225
Galería de pintura española. 226
» » » extranjera. . . . . »
Salón de la Reina Regente. Obras de autores fallecidos. . . . . »
Salón Central, habilitado para las obras escultóricas. 237
Emperador Carlos V. Acorazado de 1.ª clase.. 244
Almirante Oquendo. » » 2.ª » . 246
Pelayo, María Teresa, Giralda, Colón. . . . 249
Vizcaya, Terror, Furor, Alfonso XIII. . . . 250
Navarra, Destructor, General Valdés, Blanca.. 251
Alfonso XII, Condor.. 252
Colegio de Nuestra Señora de la Bonanova. . 262
Varias del Hospital de Niños pobres de Barcelona. . . . . 274 y 275
Varias de la Casa-Palacio Güell en Barcelona. . . . . 297 y 298
Varias de la Casa vinícola de los señores González Byass, en Jerez de la Frontera.. . 321 y 322
Varias de la Alhambra de Granada.. . 347 y 358

MUSICA

Alarcón, Arturo: «Gavota infantil», para piano.
Alfonso, Federico: «E nato amore». — Melodía para canto y piano; letra de A. Bignoti.
Alvarez, Fermín M.: «Berceuse». — Canción infantil; letra de Carmen G. de Neda.
Astort, P.: «Cantares». — Letra de R. Campoamor.
Borrás de Palau, Juan: «¡Ingrata!» — Melodía para mezzo soprano; letra de José M. Tous y Maroto
Costa y Nogueras, V.: «Su ideal». — Mazurca caprichosa para piano.
Cotó, Alberto: «Torbellino». — Valz-jota, para piano. «La boda». — Danza, para piano.
Frigola, Buenaventura: «Pie Jesu». — Impromtu-Reducción de orquesta de C. M. I.
García Robles, J.: «Serenata», para piano.
Giner, Salvador: «Sagunto». — Romanza, letra de Luis Cebrián.
Giró, Manuel: «Nuestra Señora de París». — Aria de Cuasimodo; letra de Calixto Navarro.
Goberna, Roberto: «Mariposas». —
Granados, Enrique: «Canción», con acompañamiento de piano; letra de Fernán Caballero.
Laporta, Francisco de P.: «Minuetto», para piano.
Martínez Imbert, Claudio: «Scherzetto», para piano.
Orense, Cándido: «Zoraida». — Serenata para piano.
Ribera, José: «Ave María». — Solo de tiple ó tenor con acompañamiento de piano ú órgano.
Rodríguez y Fernández, J.: «En avant le Carnaval». — *Quadrille* para piano.
Romaní, Juan: «Intima». — Canción catalana; letra de J. Garcés Codinach.
Rubinstein, Antonio: «Nerón». Epitalanio. — Romanza para barítono.
Sabalé Parellada, Emilio: «La Patatús». — Baile típico, para piano.
Sadurní, Celestino: «Ultima ofrenda». — Romanza para barítono; letra de Antonio Arnao.
Sánchez, Gavagnac: «Minuetto», para piano.
Salváns, Agustín L.: «Minuetto», para piano. «A los toros». — Paso doble, para piano.

S. M. DOÑA MARIA CRISTINA DE HAPSBURGO-LORENA

REINA REGENTE DE ESPAÑA

EL CUARTO...

Gran batahola aquel día, en el siempre pacífico y silencioso Palacio episcopal de Arcayla. Entradas y salidas de presbíteros y canónigos, con la tejuela bajo el brazo y los manteos flotantes, y de señorones y caciques de la ciudad y de veinte leguas á la redonda, muy soplados, de levita cerrada, guantes prietos, acabaditos de estrenar, y bastones de puño dorado y reluciente contera; zambra en las amplias cocinas, bullir de pinches y marmitones, limpiando legumbres, batiendo claras y picando jamón; llegada de mandaderas de convento con recados de las monjitas y fuentes de natilla muy bordadas y festoneadas; bureo y trajín magno en el comedor, para disponer y adornar la luenga mesa de cuarenta cubiertos, disimulando que el servicio no era parejo, y que el señor Obispo, no contando con dar banquetes de tanto rumbo, había tenido que pedir prestado un suplemento de mantelería, de cristalería, de servicio de plata y de bajilla de loza... El caso se consideraba mortificante para el amor propio del mayordomo «de Palacio», y dos ó tres veces, sus labios apretados dejaron escapar frases agridulces, más agrias que dulces (si toda la verdad ha de decirse), contra «el exceso de la caridad» porque «en todo cabe exceso», y el no «hacerse cargo» de que las dignidades y altos puestos tienen sus exigencias, y docena y media de tenedores pernicuebrados no es nada para la casa de un Prelado, expuesto á que de repente le caiga encima el chaparrón de un convite tan solemne como aquél... Friolera! ¡El propio ministro del ramo, Gracia y Justicia, en persona, que al pasar por Arcayla quería entregar en propia mano, al más joven de los Obispos españoles y uno de los más venerables ya por sus merecimientos y ejemplar virtud, el pectoral de amatistas, regalo de una altísima persona!

Mal como se pudo, remediáronse las deficiencias y discordancias del servicio, y hasta quedó la mesa que daba gozo, con sus ocho compoteras de variados dulces monjiles, sus tres canastillas llenas de magníficas flores naturales, sus cuatro *platós* de escogidas frutas, sus cinco ramilletes de piñonata, caramelo y almendra, sus dos piñas, regalo de un indiano, sus servilletas dobladas y repulsadas figurando una serie de blancas mitras, sus seis candelabros de plata con bujías de color, y su profusión de copas para los diversos vinos que habían de servirse. Acudieron á «ver la mesa» algunas señoras de lo principal de Arcayla, y se extasiaron, llenas de orgullo y cayéndoseles la baba, por el lucimiento de su Obispo ante los peces gordos de Madrid; que al cabo, á Arcayla refluía el honor dispensado al Obispo, y ahora verían los envidiosos y los malos é incrédulos como se estima en elevadas esferas al que lo merece, y cómo no hacían ellos nada de más en desvivirse por su Pastor.

Las tres acababan de sonar pausadamente en el gran reloj de la torre de la Catedral arcaylense, y el Obispo de ocupar una de las presidencias de la mesa, frente al Ministro que aceptaba sonriendo é inclinándose la otra, cuando el portero de Palacio vió cruzar el zaguán y dirigirse resueltamente hacia la escalera á una señora desconocida, de aspecto en tal sitio asaz extraño. Para ojos inexpertos, ignorantes de ciertos artificios del tocador, la dama... ó lo que fuese, representaba á lo sumo cuarenta años: para los inteligentes, sabe Dios si podrían añadirse á la cuenta cuatro lustros bien corridos. Cinchado por un corsé magistral, el talle de la señora se gallardeaba señalando ciertas curvas osadas, mórbidas aún; el traje era de corte exagerado y provocativo; y el sombrero, redondo, enorme, recargado de plumaje y broches de brillantes falsos, sombreaba la cara lunar, barnizada de afeites, en que los labios de bermellón se destacaban como herida reciente, mientras el pelo, teñido de un rubio de cobre, fulguraba recordando la aureola de fuego de Satanás. Indignado y escandalizado, el portero se acercó en actitud hostil á la intrusa, y al llegarse á ella, recibió una bocanada de esencias y perfumes que por poco le tumba de espaldas, apestándole más que si fuese vaho de infernal azufre.

—Eh! señora! eh! No se pasa! — gruñó el portero; pero la dama, que sin duda esperaba recibimiento semejante, se lanzó impávida por la escalera de piedra, empujó la mampara de damasco, y se coló de rondón en la antesala, donde un familiar platicaba con dos ó tres rezagadas devotas, con media docena de señores formales y tal cual desperdigado, del séquito del Ministro. En pos de la intrusa, subía el portero, desalado, sin aliento ni para reiterar el «no se pasa». Familiar, damas y caballeros, volviéronse sorprendidos, mientras la señora, arrogante, se plantaba desafiándolos, retando al universo si era preciso.

—Señora — advirtió el familiar, acudiendo en auxilio del portero — no puede usted ver á Su Ilustrísima; tenga la bondad de retirarse.

—¿Que no puedo verle? — repitió la perfumada, despidiendo á cada contorneo del talle la misma inequívoca peste almizclada y oriental. — ¿Que no puedo? ¡Eso lo vamos á ver ahora! ¡No poder ver yo al Obispo de Arcayla! ¡Pues está bueno!

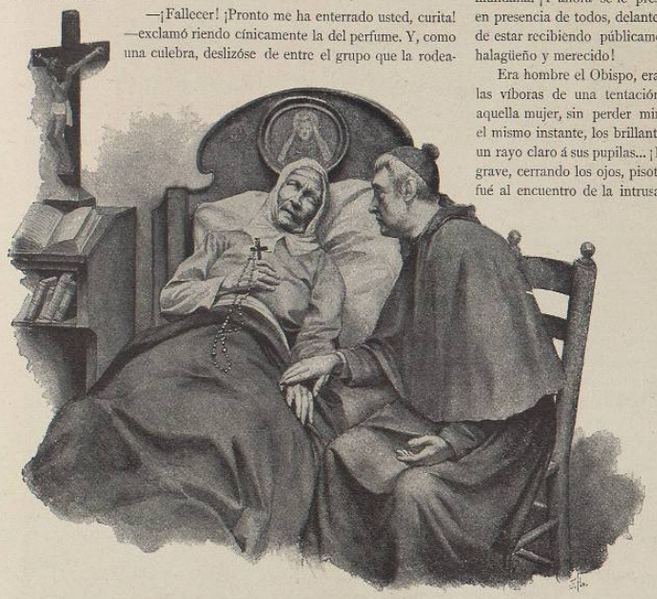
—Imposible, señora; lo siento mucho... — exclamó el familiar algo preocupado, y bajando cautamente la voz, porque notaba la extrañeza y recelo indefinible del grupo reunido en la antesala. — Su Ilustrísima, en este instante, está comiendo... Mañana, á otra hora... veremos si es posible que conceda á usted una audiencia.

—¡Audiencia á mí! Atrás, so simple... Audiencia... ¿audiencia á su madre?

La frase cayó como una bomba en el grupo de la antesala. ¡Madre! Si la intrusa acierta á soltar otra cosa, realmente atroz, no sería mayor el escándalo. ¡Madre! ¡*Aquello*, la madre del Obispo de Arcayla! Salía cierto lo que decían en voz baja los impíos de la prensa y los rebeldes del Cabildo; lo que llamaban calumnia infame los amigos y admiradores del Prelado: que éste era un hijo expúreo, recogido por su padre á fin de que no se degradase al contacto de la mujer galante y venal que lo había llevado en sus entrañas! ¡Aquella historia de oprobio se confirmaba con la presencia de la pájara, de la empedernida y vieja pecadora! ¡Y qué oportunidad la suya, aparecerse en tal momento! El familiar se interpuso, aterrado, temblando, tan fuera de sentido que ni acertaba á formar palabra.

—La señora madre de Su Ilustrísima... ha... ha... ha fallecido hace muchos años — tartamudeó, cruzando las manos con angustia, implorando misericordia.

—¡Fallecer! ¡Pronto me ha enterrado usted, curita! —exclamó riendo cínicamente la del perfume. Y, como una culebra, deslizóse de entre el grupo que la rodeaba, y guiada por su instinto maléfico, se lanzó al largo pasillo, y, no sin tropezar con un mozo que llevaba una fuente de frito, hizo irrupción en el comedor. El familiar la seguía desesperado, sin conseguir darle alcance.



Ilustraciones de SIMONT GUILLEN

Cuando vió surgir, á manera de espectro del pasado, á la mujer que tan amenazado le tenía con «armar la gorda» si no le enviaban dinero y más dinero, el Obispo de Arcayla palideció y se demudó como el sentenciado cuando ve el patíbulo. No amor, no ternura, sino vergüenza y espanto le causaba, por terrible anomalía, la presencia de aquel ser que cuando inspira amor lo inspira tan inmenso; la presencia de la que le había concebido en el pecado, abandonado en la niñez, olvidado en la juventud, y abochornado y torturado en la edad viril. Cabalmente la ignominia y degradación de la madre impulsaron al hijo á abrazar el sacerdocio, renunciando para siempre al amor, al hogar, á toda perspectiva de felicidad mundana. ¡Y ahora se le presentaba, le echaba al rostro la afrenta, allí, en presencia de todos, delante de los que venían á honrarle, en ocasión de estar recibiendo públicamente un testimonio de respeto, de homenaje halagüeño y merecido!

Era hombre el Obispo, era de carne su corazón, y se retorcieron en él las víboras de una tentación horrible... Desmentir, negar, expulsar á aquella mujer, sin perder minuto, como á una pobre loca! Pero casi en el mismo instante, los brillantes del rico pectoral que estrenaba, enviaron un rayo claro á sus pupilas... ¡La cruz resplandeció! y, descolorido, sereno, grave, cerrando los ojos, pisoteándose las pasiones, el Obispo se levantó, fué al encuentro de la intrusa, tendió la frente al beso de los impuros labios maternales... y volviéndose hacia los convidados, dijo en voz algo velada, pero honda y tranquila:

—Mi madre ha querido honrar hoy mi mesa... Siéntese donde le corresponde: la presidencia, frente al señor Ministro!

. . . . . .

. . . . . .

Años después decía el Obispo, cargado de edad y de méritos, envuelta su humildad en la cardenalicia púrpura, como el cielo se envuelve en las magnificencias del ocaso:

—Así como hay «hijos de lágrimas», puede haber madres y padres «de penitencia». Yo pedí tanto por mi madre, que tuve el consuelo de verla morir en un convento de Arcayla, á donde se retiró voluntariamente.

Emilia PARDO BAZAN

LA ÚLTIMA AZAFATA

En los días en que más preocupado se hallaba Madrid por el inicuo crimen de Santa Agueda, alzábase en una de sus iglesias modesto túmulo, sobre el que descollaba una hermosa corona de flores naturales. El oficio de difuntos era sencillísimo, y en torno de la representación de la muerte sólo se veían algunos caballeros ancianos y algunas señoras que con los encajes de la mantilla negra cubrían venerables canas.

El curioso que hubiera querido indagar por quién se levantaba aquel túmulo y por quién se rezaban aquellas oraciones, hubiera sabido que eran por el alma de una dama de grandes virtudes, que hacía un año había exhalado el último suspiro; por la condesa de Sornondegui, dama particular de S. M. la Reina. La augusta Soberana había dado orden de que se colocase la corona, cuyos colores destacaban sobre el paño mortuorio, y aquél era el homenaje que recibía por sus dilatados servicios *la última azafata*.

Porque doña Cristina de Sornondegui, condesa de Sornondegui, puede ser considerada como la última representante de aquellas fieles servidoras de la Reina de España, que llevaron la denominación de azafata y que tuvieron su papel en el acreditado é interesante reinado de Doña Isabel II.

Eran, por regla general, esposas de militares de alta graduación ó de importantes funcionarios, que habían quedado viudas, sin más recurso que una modesta pensión, y que en Palacio encontraban casa, medio de educar á sus hijos, si los tenían, un sueldo que unir á su paga de viuda, y los medios de vestir con decoro; pues la generosidad de la Reina Isabel repartía entre ellas los trajes y sombreros que apenas había usado y que eran siempre riquísimos.

Dos veces al año, al comenzar el invierno y á principios de verano, se hacían en Palacio estos repartos que dejaban sitio en el guardarropa de la reina para la nueva gala, y que permitían á las azafatas y á sus hijas, vestir con elegancia después de reformar los vestidos y suprimir de ellos lo que era demasiado lujoso.

Estas señoras eran una especie de damas de compañía de la Reina, que entraban en funciones por la mañana, asistiendo á todos los detalles del tocador de la Soberana y que no se separaban de ella hasta que por la tarde entraba en funciones la Dama Grande de España que estaba de servicio, y que volvían á su puesto cuando desaparecía la etiqueta y se entraba en la intimidad.

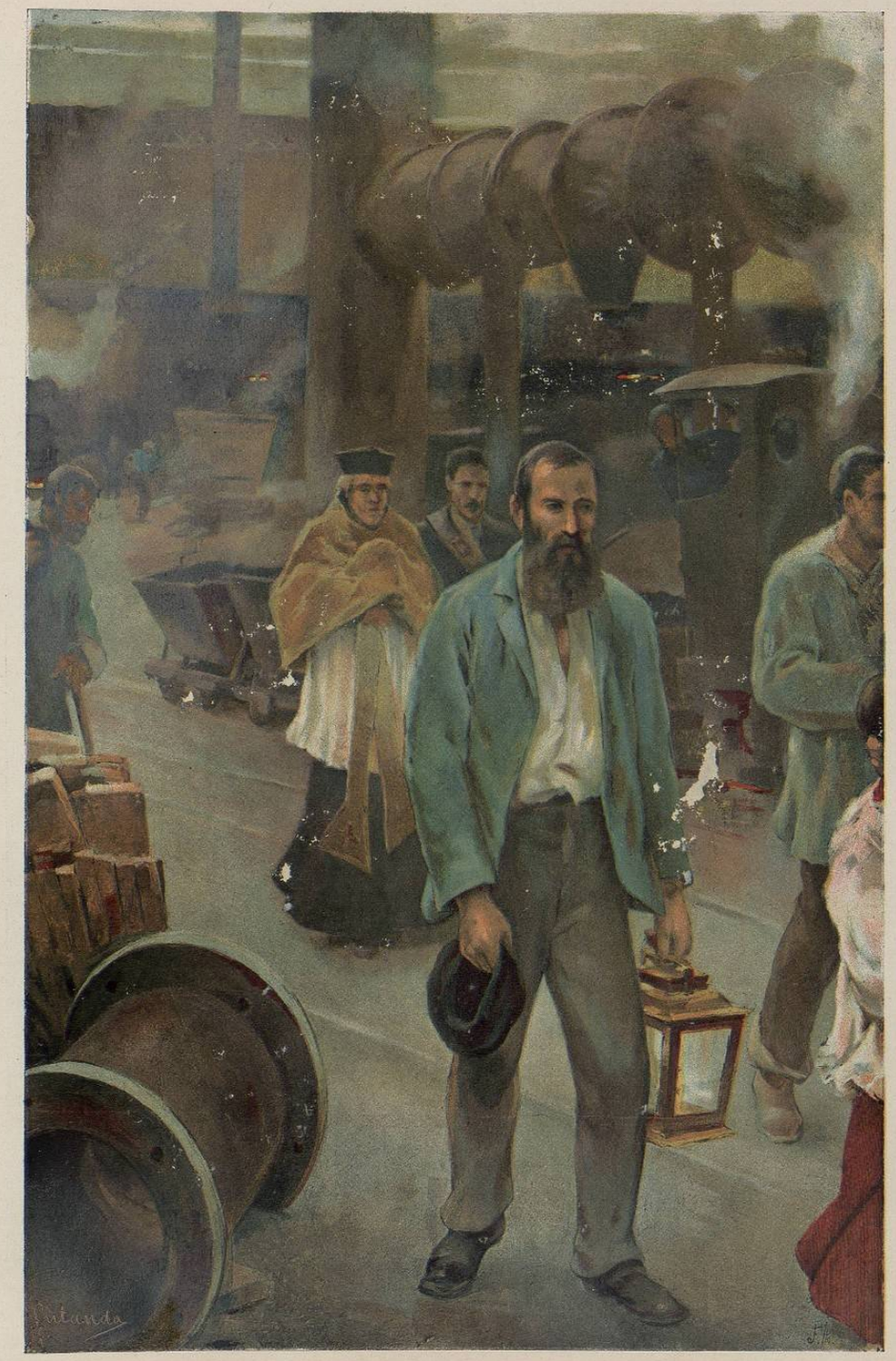
No hay que decir la influencia que ejercerían en señora tan expansiva y bondadosa como Doña Isabel II, y la crónica íntima de aquel reinado absurdo en anécdotas en que desempeñan un principal papel las azafatas; y alguna hubo, si hemos de creer lo que se cuenta, que abusó de la regia confianza, poniendo la estampilla con que firmaba la Reina, en documentos que dieron lugar á ruidosos escándalos.

No fué, en verdad, de las que usaron de la intriga, la respetable condesa de Sornondegui: entró á desempeñar su cargo á la muerte de su esposo el general Vasallo, y no ha tenido servidora más leal la dinastía, ni ha pisado las cámaras de Palacio señora más prudente ni más enemiga de la murmuración, ni que mejor se ciñese al cumplimiento de su deber, sin salir jamás de su esfera. A esto debió su prestigio y el consuelo para ella grandísimo de ser la única compañera de su Reina en los días tristes del destierro que siguieron al triunfo de la Revolución de septiembre de 1868.

ROMAN RIBERA

¡A LA SALUD DE USTEDES!...

VICENTE CUTANDA



LOS ULTIMOS AUXILIOS

La instalación de la Soberana destronada y de su familia en París, los viajes de la Reina á Ginebra y á Roma, las largas negociaciones de la abdicación de Isabel II en favor de su hijo Don Alfonso XII, fueron sucesos que tuvieron por principal testigo á Cristina Sornondegui que hubiera podido dar acerca de ellos interesante noticia, si su proverbial discreción no se lo hubiera vedado.

Intrigas cortesanas que aun se dejaban sentir en el destierro con más fuerza que en el poder, la obligaron á venir á Madrid antes de la restauración, y aquí vivía modestísimamente, cuando Don Alfonso, restablecido en el trono la volvió á llamar á Palacio, dándola allí casa, lo mismo que á su hermana doña Amparo, antigua camarista, casada con el coronel Adrián, y á su hermana de madre, la marquesa de los Remedios, aya que había sido de la infanta y que estuvo al servicio de Doña Paz, hasta que esta dulce y angelical princesa contrajo matrimonio con el príncipe Don Fernando de Baviera.

La actual Reina Regente cobró desde que vino á España mucho cariño á la respetable anciana, que su esposo la presentó como una fiel servidora, y la tuvo constantemente á su lado, siendo durante mucho tiempo su única dama particular, y la que más la acompañó en los tristes y amargos días que siguieron á su prematura viudez.

La abnegación, el sacrificio de la propia voluntad en aras de la voluntad ajena, la fidelidad y la discreción, pocas la han conocido en el grado que esta respetable señora, que, á pesar de su edad avanzada, no conocía la fatiga y estaba siempre en su puesto.

Yo he recordado muchas veces al verla, el interesante estudio de Lord Macaulay, acerca de Fanny Burney, la célebre escritora inglesa que estuvo durante cinco años al servicio de la Reina Carlota, esposa de Jorge III.

No sufrió la venerable dama los tormentos de que fué víctima la autora de *Evelina* y de *Celia*, y que tan minuciosamente describe el insigne escritor al tratar de la vida íntima de la servidora de la Reina inglesa; y es que en esos cargos no hay que buscar satisfacciones de la vanidad, como los buscó el padre de Fanny Burney al obligar á su hija á aceptar el cargo palatino, sin provechos y recompensas, sino que hay que tener abnegación y sentir el cariño y el respeto por la elevada persona á quien se sirve. Sin esto, la tarea es muy ingrata, y expone á sufrir la tormenta que durante cinco años experimentó la que era, al ir á la Corte, la novelista más popular de Inglaterra, y que tuvo que renunciar á sus trabajos literarios, para estar desde las siete de la mañana hasta las once de la noche de servicio, para poner por la mañana el corsé, los ahuecadores, el vestido y la pañoleta á la Reina; para rizarla dos veces por semana y empolvársele todas las tardes; para arreglarle la cómoda y armario; para permanecer durante la tertulia de pie detrás de su sillón; para darla los guantes, el abanico y el pañuelo; y sobre todo para soportar á su jefa Mme. Schwellenhery, que la Reina había llevado de Alemania, y que era, según dice textualmente Lord Macaulay, «una vieja insoportable, aduladora y servil, verdadera chinche palatina, más ignorante que una moza de retrete, orgullosa y encopetada como un cabildo de canonesas tudescas, grosera y gruñona, y tan incapaz de soportar la soledad como de conducirse decorosamente en compañía.»

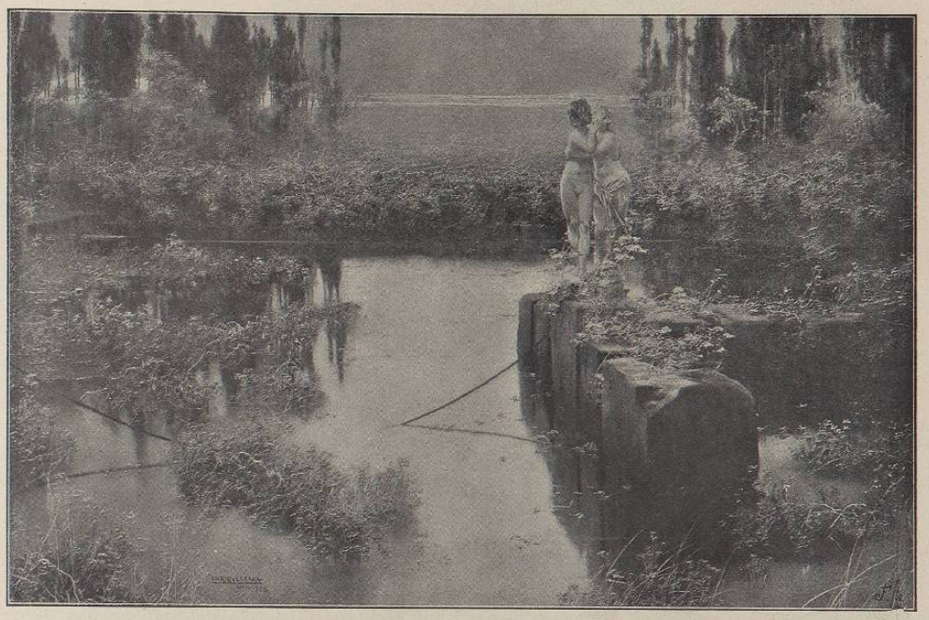
La corte de Doña Isabel II fué muy diferente de la de Jorge III, y en ella abundaron más los tipos simpáticos y venerables, como los de la noble condesa que murió hace un año en el palacio de sus reyes y que ha dejado en todos los que la conocieron tan gratos recuerdos, haciendo sumamente simpático el tipo tan admirablemente representado por ella de *la última azafata*.

KASABAL

MONTEVIDEO

TEATRO SOLIS

ENRIQUE SERRA



PSIQUIS Y EL AMOR

EL MATRIMONIO Y EL CALZADO

Dice un antiguo adagio, que los extremos se tocan, y que de lo vulgar á lo sublime hay un solo paso.

No extrañarán, pues, mis lectores que yo encuentre una grande analogía entre el hecho de comprarse un par de botas y el de tomar una mujer en matrimonio.

Figúrense ustedes á un individuo que pasa por una zapatería y ve en el escaparate unos magníficos zapatos de última novedad, de excelentes hechuras y material riquísimo.

El hombre tiene dinero para permitirse el lujo de comprarlos, y, sin más reflexión, entra en el establecimiento, se los prueba de prisa y corriendo, y sale triunfante con el par debajo del brazo, envuelto en satinado papel.

Pero resulta que á la primera postura nota que le son algo estrechos y que ve las estrellas en mitad del medio día.

Primera decepción.

¡Pero son tan bonitos!

Sufre y calla, mas llega un momento en que ya le es imposible resistirlos y tiene que desecharlos ó sufrir un tormento peor que el del potro.

Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en esos matrimonios en que el hombre sólo ha buscado la belleza de la mujer y se ha dejado deslumbrar por apariencias engañosas.

El calzado y la mujer deben ser á medida.

Muchas veces veréis un matrimonio joven, rico, que se ha unido enamorado el uno del otro... y, sin embargo, no son dichosos.

¿Por qué?

¡Ellos sabrán donde les aprieta el zapato!

Muchas veces el calzado hace daño, no precisamente por culpa suya, sino por culpa de los pies que lo calzan, que son deformes ó están llenos de callos.

Igualmente en el matrimonio no es siempre culpa de un cónyuge la desgracia del otro, sino culpa del mismo que tiene callos y durezas en el corazón y en el alma.

Lo natural es ir á casa de un callista, tratándose del calzado: tratándose del matrimonio, poner enmienda á las asperezas de nuestro carácter y corregir nuestra conducta moral.

Pero es más cómodo y más conforme con nuestro egoísmo y nuestro amor propio, maldecir del zapatero ó del cura que bendijo nuestra unión.

Hay que cuidar de los zapatos y hay que cuidar de la mujer.

Si el que estrena unas botas se mete con ellas por el lodo y camina sin mirar donde pone los pies, y no las limpia, y las tira á un rincón, y pisa torcido... en cuatro días las botas dan asco, y se estropean y se rompen.

No hay que maldecir entonces de las botas, ni del zapatero, sino de la falta de cuidado que se ha tenido con ellas.

Lo mismo el que tiene una mujer buena, por buena que sea, no ha de exponerla al lodo ni á los abrojos del mundo, ni desatender á sus necesidades, ni descuidar su limpieza.

Unas botas de suela fina y de piel de guante, son excelentes para pisar las mullidas alfombras de los palacios; pero si se las pone un campesino, no tiene botas para cuatro días y se clavará las espinas de los zarzales y las piedras del camino.

En el matrimonio hay un refrán que dice «cada oveja con su pareja», y es una sentencia sabia que indica la conveniencia de elegir iguales las educaciones, la clase y la instrucción.

Los hombres que caminan descalzos tienen los pies encallecidos y deformes.

Los que permanecen solteros tienen encallecido el corazón y deforme el alma.

Cuanto más tiempo se va descalzo, más imposible es luego ponerse zapatos.

Cuanto más tiempo se permanece soltero, más difícil es hallar luego la felicidad en el matrimonio.

El que va descalzo se expone á tropezar y herirse.

El que no se casa, también tropieza y se hiere.

Entre que hagan daño los zapatos ó herirse los pies, vale más lo primero.

Hay hombres que tienen mujeres hermosas y se pirran por una fea.

Esto se explica por la misma razón de que hay quien lleva unas botas magníficas y está deseando llegar á casa para calzarse unas inmundas y viejas zapatillas.

Antes de desechar un calzado hay que probar todos lo medios de aprovecharlo. En último caso se le mete en la horma.

También hay horma para las mujeres.

Los zapatos están en el escaparate esperando al comprador.

Las mujeres también esperan al marido en el escaparate del mundo.

El hombre es siempre el que escoge.

Si escoge mal no se queje.

¡Cuántas veces tendrán motivo los zapatos para quejarse del pié brutal que se sirve de ellos!

¡Cuántas veces la mujer podría quejarse del marido!

Hay pies imposibles y maridos más imposibles aun.

Entre dos males necesarios: ir calzado ó ir descalzo, obtemos por ir calzados; pero aprendamos á elegir zapatos.

Vicente SUAREZ CASAÑ

UN DISCÍPULO DE BACO

SONETOS

I

ANTÍTESIS

Nunca la acción sin idëal, movida
por ciegas fuerzas, al azar y á obscuras,
de sus uniones híbridas é impuras
concebirá, por el dolor ungida.

Nunca tampoco la abstracción, nacida
entre la nieve de áridas alturas,
podrá llevar en sus entrañas duras
el germen palpitante de la vida.

Una es estéril para el bien humano,
como lo son las vírgenes austeras
que un voto aparta del amor profano;
la otra, entregada á sus pasiones fieras,
estéril es, en su impudor liviano,
con la esterilidad de las rameras.

II

PESIMISMO

En la cruél desilusión que á modo
de niebla gris tu corazón invade,
ves el mundo, y su vista te persuade
de la infinita vanidad de todo.

Dios, para ti, es un déspota beodo
que á la injusticia la irrisión añade,
y sin que al grito del mortal se apiade,
goza amasando en lágrimas el lodo.

Delante del misterio que te asombra,
con tu siniestra negación reemplazas
cuanto en la vida con amor se nombra;
y es que en tu orgullo, cuando el bien rechazas,
tomas por noche universal la sombra
que en torno tuyo con tu cuerpo trazas.

EMILIO FERRARI

LOS TEATROS DE MADRID

CATORCE teatros funcionarán en Madrid cuando se publiquen estos renglones. Cualquiera pensaría ante esta abundancia de diversiones públicas, que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Nada, por desgracia, menos cierto. Pocas veces ha sido tan angustiosa como lo es al presente la situación de España; los duelos y quebrantos se suceden sin interrupción y el porvenir se muestra de día en día más obscuro. Esto no obstante, el ansia de placeres aumenta en asombrosa progresión. ¿Cuál es la causa de tan extraño contraste? ¿Busca la gente olvido á sus pesares en el aturdimiento de las fiestas? ¿Hemos llegado acaso á ese período de atonía en que la sensibilidad se embota?... No lo sé: lo cierto es que el pueblo de Madrid se divierte en grande. Buena prueba de ello es que la capital de España, en proporción á la población de París, cuenta con triple número de teatros que la capital de Francia.

Y lo más asombroso de todo es que las empresas teatrales, á pesar de tener gastos enormes y pagar á los artistas sueldos *fabulosos*, no sólo viven, sino que algunas realizan exorbitantes ganancias. Ahí está, por ejemplo, el circo de Price, cuya capacidad es casi tan grande como la de la plaza de toros, y sin embargo se ve lleno todas las noches de bote en bote, y eso que las localidades, gracias á la sabia institución de los revendedores, cuestan á doble precio del que marcan los carteles.

El género que actualmente se explota en este teatro es la zarzuela grande, el antiguo repertorio, en su mayor parte melodramático, que tanto hizo gozar á nuestros padres, y que hoy, por un raro caso de atavismo social, forma las delicias de todo Madrid. *Los Madgiares* y *El Juramento* triunfan en el *actual momento histórico* como triunfaban hace treinta años, y *Marina*, obra en la que se ha revelado un excelente tenor, el señor Casañas, es aplaudida con delirante entusiasmo.

Entre otras, hay una razón para que la antigua zarzuela cuente con numeroso y apasionado público. Al oirla, los contemporáneos del apogeo de este género, siéntense trasladados á los lejanos tiempos de su juventud. ¿Quién sabe cuán dulces recuerdos evocará en la memoria de los señores respetables que escuchan, en el circo de Price, con la boca abierta, á Berges y á la Fabra, la música de Oudrid ó de Arrieta? Los que todavía no hemos llegado á la vejez, no podemos menos de pensar que estos cantos son los que arrullaron nuestra infancia.

Noches pasadas asistí á la representación de *Los Madgiares*. En la sala abundaban las respetables calvas; lo que queda de la generación pasada estaba allí. A cada situación melodramática, á cada frase altisonante, oía yo detrás y delante de mí, exclamaciones como las siguientes: «Estas sí que son obras...» «Ya no se escribe de este modo», y otras por el estilo. El numeroso público escuchaba con verdadero interés, se emocionaba, aplaudía, gozaba en una palabra. ¿Era la emoción estética la que cautivaba á los espectadores? No. El sentimiento que dominaba en la sala era semejante al que experimentamos, cuando tras larga ausencia, volvemos á ver los lugares que contemplamos en tiempos felices. ¿Qué importa que esos lugares sean ó no hermosos, si fueron testigos de nuestros placeres juveniles?

***

En los demás teatros, á excepción del Español, Princesa, Novedades y Martín, impera el género chico y aun el menos que chico. La Comedia, en donde durante más de veinte años Emilio Mario ha luchado con fortuna en pro de los fueros del arte escénico, se ha abierto al cartaginés incautamente. Quiero decir, que ha caído en poder de una compañía de zarzuela, á cuyo frente figura don José Riquelme. El contraste que entre su presente y su pasado ofrece el lindo teatro de la calle del Príncipe es tan grande, que el público no ha podido menos que decir «¡*oh!* con extrañeza» y algunas noches ruidosamente. De poco han servido hasta ahora los afeites con que el edificio se ha remozado, de poco también los bombos de los periódicos y los reclamos de la empresa. Los espectadores no se han dejado convencer: no se acostumbran á ver en aquel tablado, donde todavía puede decirse que resuena la voz de Mario, de María Guerrero, de Vico, de Thuiller, de Carmen Cobeña..., intérpretes de las obras de Echegaray, Galdós, Dicenta, Blasco..., no se acostumbra, digo, á los donaires, gorgoritos y zapatetas de los actores más ó menos *geniales* que allí ejecutan obrillas escritas para Romea ó para Eslava.

Este género, á decir verdad, cada vez es más absurdo y disparatado. Para un sainete escrito con sentido común y con verdadero ingenio como los de Javier de Burgos, Ricardo de la Vega, Miguel Echegaray, Fernández Shaw y algún otro, hay un fárrago espantoso de quisicosas, cuya fuerza estriba en la ligereza de ropa de las tiples y en las piruetas y contorsiones de los actores. No hay que buscar en las tales obrejas, ni argumento, ni tipos, ni situaciones cómicas. Las figuras que en ellas salen y entran sin saber por qué ni para qué, son siempre el chulo soez, la hembra descocada, el maestro de escuela hambriento y el sietemesino tonto. El gran recurso, la quinta rienda á que se agarran los autores, casi siempre en comandita, de estas obras, es lo que ellos llaman *chiste*. No nace éste del diálogo, antes el diálogo se hilvana para él; no depende de la situación de los personajes, de su carácter, del contraste que entre ellos pueda existir, de ninguno, en fin, de los naturales resortes de la belleza cómica, sino exclusivamente del doble sentido de algunas palabras, ó mejor dicho, de la significación obscena de ciertos vocablos. Cuanto más absurdos y disparatados son los coloquios, cuanto más retorcida está la frase y más bajos y más repugnantes son las ideas que ella evoca, más «chispeante» y chistoso es el diálogo.

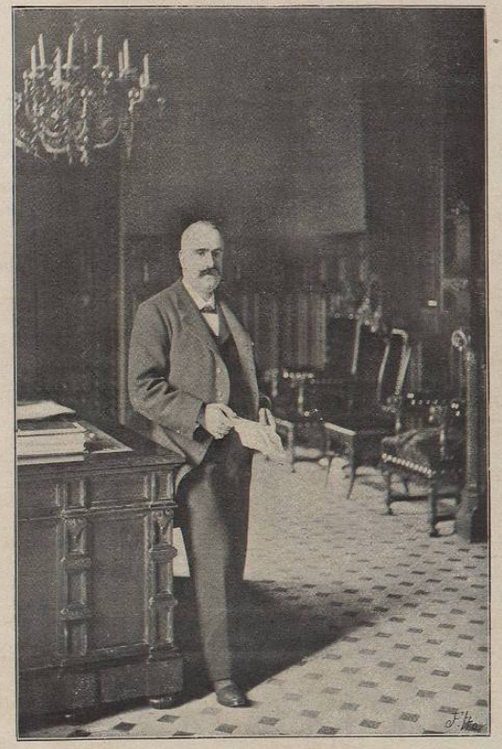
No es la culpa de esta degradación del teatro ni de los autores, ni de las empresas. Unos y otras medran porque gran parte del público gusta de la mercancía que ellos les ofrecen. Y no se crea que entre los espectadores de los teatros chicos domina el elemento popular. La gente modesta que vive del trabajo mecánico no suele ir á los teatros por horas; prefiere el drama y mejor el melodrama. Busca en la representación dramática lo que no suele encontrar en la vida: el premio para el bueno y el castigo para el malo. El género chico no le place. De todos modos, contra éste, lo mismo que contra el mal gusto que lo sostiene, no hay protesta posible: vive porque debe vivir, porque se corresponde exactamente con el grado de cultura de una parte del público. Cuenta, además, con un auxiliar poderoso: la música. Por regla general, ésta vale incomparablemente más que la letra. Revistas y sainetes que *en seco*, esto es, sin música, serían estrepitosamente silbadas, *pasan*, son aplaudidas y se representan centenares de noches, merced, exclusivamente, al talento de los maestros compositores. Una parte del público acepta el coscorrón por el bollo, esto es, soporta la letra con tal de oir unos cuantos *números* inspirados y verdaderamente populares. Sin Chapí, Caballero, Chueca, Jiménez... ¡cuántas obrillas del género chico morirían la noche misma de su estreno!...

***

Por fortuna para el arte, pertenecientes también al género chico, existen en Madrid dos teatros, el de Lara y el Cómico, recientemente inaugurado, en los cuales, sino reina siempre el gusto castizo, se guarda constantemente respeto á la decencia y al decoro. En uno y otro local hay buenas compañías que trabajan con esmero, y en cuanto á los autores que tanto en Lara como en el Cómico llevan la voz cantante, basta con citar los nombres de Vital Aza, Ramos Carrión, Miguel Echegaray, Luceño y Burgos.

Hasta ahora los dos teatros se defienden con el antiguo repertorio. La única novedad que en el de Lara hemos visto, es la refundición en dos actos de la comedia de Vital Aza, titulada *El señor Cura*. Esta costumbre de *acortar* las comedias, prueba con harta elocuencia la necesidad que de *achicarse* tiene el arte.

—¿Y qué hacer sino empequeñecerse? — dicen, y si no lo dicen lo piensan, los más distinguidos autores. Tienen razón: el teatro grande, el

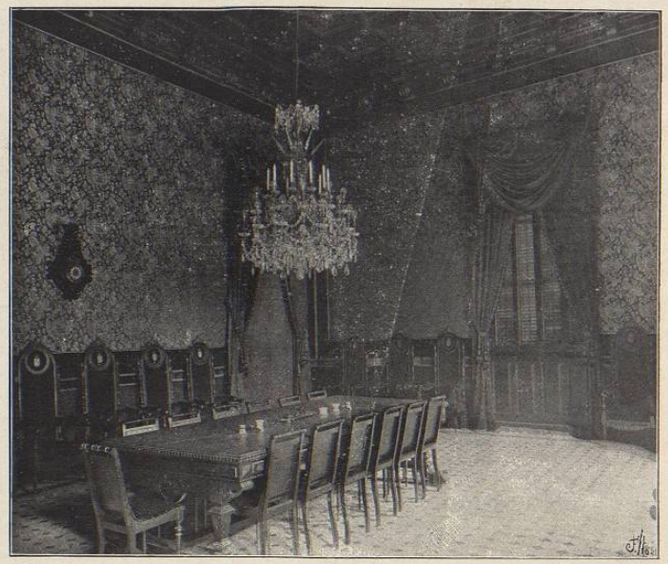


DON JOSÉ COLLASO Y GIL,
ALCALDE DE BARCELONA, EN SU DESPACHO.

Fot. de A. S. (Xatart) hecha expresso para ALBUM SALON.

verdadero, va desapareciendo de España como la media luna de la culta Europa, lenta, pero continuamente. El autor, y esto es una verdad de Pero Grullo, necesita teatro y público. ¿Dónde encontrarlos? De la Princesa no hay que hablar: cuando se pasa su cancela parece que se ha pasado el Pirineo. Allí no se representan más que obras extranjeras. Para los autores españoles queda sólo el antiguo corral de la Pacheca. ¿Puede el clásico coliseo responder á la actividad dramática, siquiera ésta sea escasa, de los escritores españoles? ¿Ofrece á éstos el estímulo de una recompensa pecuniaria en armonía con el esfuerzo intelectual que supone la composición de una comedia?

Para contestar á estas preguntas hay que tener en cuenta, primero, que las representaciones del teatro clásico privan á los autores de una quinta parte de noches *hábiles* para sus obras; y segundo, que el Español no tiene público más que dos noches á la semana: las de los lunes, consagradas al teatro antiguo, y las de los viernes, dedicadas á estrenos. Consecuencia de todo esto: la obra aplaudida que alcanza veinte representaciones (caso rarísimo) tiene que interrumpirse por fuerza tres veces (los lunes) y sólo cuenta con espectadores de *pago* la noche del estreno y la del viernes siguiente á aquél. ¿Vale la pena tan poco resultado de que un autor gaste largas vigilias y penosos afanes, tenga que padecer el calvario que siempre supone un estreno, se exponga á sufrir burlas hasta de los imbéciles, para encontrarse, si vence, por toda recompensa con los derechos de dos representaciones?



SALON DE CONFERENCIAS EN EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Fot. de A. S. (Xatart) hecha expreso para ALBUM SALON

Siendo esto así, ¿qué mucho que escritores que podrían dar gloria á nuestra escena, en vez de producir obras de importancia, busquen en el género pequeño triunfos y utilidades que no es posible encontrar en los teatros de primer orden?

Tal es, á grandes rasgos, el cuadro nada halagüeño que ofrece la campaña teatral que acaba de inaugurarse, campaña que, sin grande exageración, podría resumirse en la siguiente frase: catorce teatros y ningún teatro.

ZEDA

CRONICAS LIGERAS

En el momento *histérico*, como diría Gedeón, en que comienzo á emborronar estas cuartillas, nada notable ocurre en la condal ciudad de Barcelona, digno de que mi pluma de cronista se apresure á ponerlo en conocimiento de los apreciables lectores de Album Salón.

Vivimos aquí en el mejor de los países imaginables.

En Sevilla, Málaga, Valencia y no sé donde más, los ríos se han salido de madre y de toda la familia, inundando campos y ciudades, y poniendo á sus habitantes como ropa de Pascua.

Pero esto son notas tristes cuyo relato nos conduciría á melancólicas reflexiones, y no es cosa de aumentar nuestros quebrantos con descripciones patéticas.

Aunque ajeno á nuestros propósitos el campo de la política, tampoco en él encontramos motivo de burlas ni chirigotas, pues el nuevo alcalde señor Collaso y Gil, y el gobernador señor Larroca, se han empeñado en hacerlo tan bien, que sólo alabanzas les prodiga todo el mundo.

De teatros podemos hablar muy poco, porque no nos han dado ninguna verdadera novedad, concretándose en los últimos días á propinarnos el clásico *Tenorio* en casi todos ellos.

No obstante, se anuncian varios estrenos, entre otros el importantísimo de una ópera nueva en España, que tendrá lugar en el Gran Liceo.

De los conciertos Nicolau en el Lírico, nada decimos tampoco, porque resultaría trasnochado y porque plumas más peritas han hecho ya, con mayor autoridad, su elogio.

En el Principal está haciendo una brillante campaña la notable compañía que dirige don Antonio Tutau, en la cual figuran actores de tan reconocido talento y sólida reputación como Carlota de Mena, Adela Clemente y Monner, y los ya indiscutibles Soler, Capdevila y Goula, acompañados de otros no menos queridos del público.

El joven actor señor Salvat, que ya tenía dadas repetidas pruebas de su talento, se ha revelado como un artista de gran porvenir en las representaciones del *Tenorio*, conquistando entusiastas y merecidos aplausos.

Esta compañía ha logrado revivir los buenos tiempos del decano de nuestros coliseos, y, los viernes se reunen allí, con motivo de las funciones patrocinadas por el Círculo Ecuestre, lo más selecto de la sociedad barcelonesa.

El ejemplo del Principal servirá indudablemente de estímulo y emulación al clásico Romea, que cuenta también con una escogida compañía, y con esto ganará la cultura, que necesita de buenos espectáculos, y el teatro catalán que con tan notables intérpretes cuenta y no escasea de autores eminentes.

En el Eldorado anuncian *Agua, azucarillos y aguardiente*, de Ramos Carrión y del maestro Jiménez, que, por si no se ha estrenado aún cuando lean mis lectores estas líneas, tengo el gusto de anticiparles que es muy linda y que en Madrid, donde la ví hace poco, se aplaudió muchísimo. Tiene el inconveniente, para Barcelona, de ser muy madrileña, y tal vez no pueda saborear el público todas sus bellezas.

En Novedades se defiende como bueno el distinguido actor Miguel Cepillo que en algunas obras, *Un inglés y un vizcaino*, por ejemplo, está inimitable y parece que por él no han pasado años.

¡Bravo, don Miguel! Es usted un valiente veterano, digno representante de tiempos más gloriosos para el teatro.

La compañía *realista* de la Granvía se ha reforzado últimamente con el concurso del popular hipnotizador Mr. Onofroff.

La empresa se esfuerza por dar variedad al espectáculo, que muchas noches resulta á cinco céntimos la pieza.

Sirvan estas rápidas noticias de preámbulo para crónicas posteriores en las cuales pensamos dedicar atención preferente á los espectáculos públicos.

Ya tenemos los barceloneses luz eléctrica hasta en la despensa

Lo que habrá muchos que no tendrán despensa.

Ahora vamos á tener tranvías y ferrocarriles con tracción por el mismo sistema del fluido misterioso.

Tranvías eléctricos, coches automóviles, bicicletas... dentro de poco no se van á emplear caballos más que para las corridas de toros, eso sino se implanta la moda de picar pedaleando.

Indudablemente progresamos.

Y... y no va más, como dijo el otro.

La semana próxima procuraré ser más ameno, si las circunstancias me lo permiten y me soplan las musas.

Pablo de SEGOVIA

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

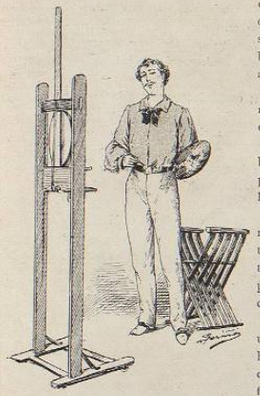
¡DEMASIADO TARDE!

(NOVELA ORIGINAL)

POR

SALVADOR CARRERA

Daniel, el protagonista de la primera novelita que tengo el gusto de dedicar á las amables lectoras de esta ilustrada publicación, había nacido en Madrid, donde residía, en un piso cuarto del barrio de Pozas, y en compañía de su hermana Dolores, linda y hacendosa muchacha que, en la época á que se refiere el relato, acababa de cumplir veinte años.



Su compañero y mentor la aventajaba en siete.

Se querían entrañablemente; vivían el uno para el otro, como suele decirse.

¡Qué mucho, si apenas conocieron al autor de sus días, y vestían aún luto por la pérdida reciente de su cariñosa madre!

Al abandonar ésta un mundo en que cada hora de placer costóla ciento de dolor, el lazo fraternal que les unía se convirtió en nudo indisoluble.

Acatando gustosos el último deseo de la moribunda, juraron ambos que no se separarían jamás y que compartirían los goces y amarguras de su existencia, empezada bajo tan tristes auspicios.

⁂

Cuando salió de aquella casa, en donde nunca se conociera la abundancia, el cuerpo yerto del mísero empleado en correos que, á costa de su salud, la sostenía; entró, con todo su cortejo de pesares, el fantasma aterrador de la pobreza.

Daniel y Dolores eran muy niños; la desconsolada viuda, quitándose de la boca el pan ganado á fuerza de incesante trabajo, que, gracias á la habilidad de sus manos, no la faltaba,... pudo atender á la subsistencia de sus hijos y cuidar al propio tiempo de su educación; pero, la fatalidad, empeñada en perseguirles, la quitó este postrer recurso, enviándola una parálisis, mil veces más horrible que la muerte.

¡Cuál no sería el desconsuelo de la desdichada señora, al verse postrada en su lecho ó clavada en una silla, cuando tanta necesidad tenían de ella los retoños, todavía tiernos, de su malogrado amor!

Malvendiendo las pocas alhajas que aportó al matrimonio ó la regalara su esposo, logró tirar por espacio de algunos meses; agotadas éstas, hubo de recurrir á los prenderos, quienes, abusando de su angustiosa situación, la saquearon á mansalva... quedándose en breve, sin joyas, muebles, ropas... ni dinero, aterida de frío en el invierno y sitiada por el hambre en las cuatro estaciones del año.

¡La desesperación hace milagros!

A pesar de haber cumplido únicamente los dieciséis, Daniel, que... mostrando desde la infancia decidida afición al divino arte de Apeles, cultivaba la pintura con tanta voluntad como excasez de medios, acarició la ilusión de reemplazar á la imposibilitada, en la difícil tarea de sostener, con sus débiles hombros, el techo del hogar, que por momentos se les venía encima.

El éxito coronó, en parte, tan loable empeño; el pequeño artista tropezó casualmente con un comerciante... de portal, hombre ducho en la materia; quien, por los ensayos que le presentó el muchacho, adivinó el partido no flojo que de él podía sacar, ofreciéndole acto continuo su protección... en provecho propio.

Ebrio de gozo y con un ardor incomprensible á su edad, se dedicó Daniel al trabajo, mezquinamente remunerado, de pintar tablitas, porcelanas, conchas y panderetas, conforme el mercader de cuadros se les iba encargando, cada vez más contento de su adquisición.

¡No había de estarlo, si el futuro artista le surtía de todas esas baratijas... á peseta la pieza!

De sobra advertía éste que su protector le explotaba indignamente; pero, temeroso de perderlo todo, no osaba exigir mayor precio... trabajando día y noche para llegar á un jornal que otros, con menos mérito, ganaban en un cuarto de hora.

¡Daniel era feliz! su madre y su hermana disfrutaban por él de un bienestar relativo; no ambicionaba mejor galardón.

Presto, aquel infatigable peón del arte, en la humilde esfera donde giraba, tuvo sus admiradores; vendiéndose, como pan bendito, las modestas manifestaciones de su aprisionado talento.

El lo ignoraba. Buen cuidado ponía el explotador en ocultarle sus triunfos; deciale, por el contrario, que le costaba mucho dar salida al género... con el santo fin de que no se envalentonara y exigiera cambio de tarifa.

⁂

Cuatro años transcurrieron de este modo. Digo mal; al llegar las Navidades, en concepto de aguinaldo, el generoso mercader, con la sonrisa en los labios, anunciaba á su protegido, que en el siguiente le abonaría un realito más por tabla, porcelana, concha ó pandereta.

Merced á esas sucesivas concesiones, al cumplir los veinte, Daniel, que se retorcía ya las guías del bigote, valía el doble, pues en doble precio ¡el de dos pesetas! se cotizaban sus obras.

No se limitaron á esto las bondades del espléndido protector de los artistas, sino que le concedió permiso para que pintara marinas y paisajes de treinta centímetros por dieciocho, al tipo de quince reales; sumamente razonable, si tenía el joven en cuenta que él, con marco y todo, los vendía á treinta y dos.

Para no pecar de difuso, prescindiré de otros detalles, sobre el particular, conocidos al dedillo por algunas de nuestras celebridades pictóricas; limitándome á consignar que, á la muerte de su madre, en medio del dolor que le agobiaba, tuvo Daniel el inmenso consuelo de poder comprarla un nicho en el cementerio y costear decorosos funerales en sufragio de su alma.

⁂

Los dos hermanos, conforme he manifestado, se amaban entrañablemente. Nada turbaba la plácida armonía de su modesta morada; salvo los instantes en que el recuerdo de los seres perdidos nublaba su rostro, brillaba en él constantemente el sol de la felicidad.

De la noche á la mañana, Dolores creyó observar que Daniel andaba triste y preocupado.

Al pronto, no le concedió importancia; pero, aquella tristeza y preocupación, acentuándose en gran manera, la hicieron comprender que sus observaciones eran ciertas.

—¿Qué tiene? — se decía, acongojada; —¡malo será, cuando no me lo confía!

Incapaz de dominar su inquietud se decidió á interrogarle.

Negó el joven, procurando persuadirla de que no abrigaba motivo alguno de disgusto.

Como no mentía ni en broma, la huérfana reconoció que efectivamente sus temores carecían de base.

¡Poco duró esa ilusión! la melancolía siempre creciente de su hermano, su visible mal humor, estaban en abierta contradicción con sus palabras.

Convencida de que la engañaba, hizo nuevas tentativas para saber la verdad; ¡sólo consiguió que aquel la tachara de visionaria y molesta!

Pero, Dolores, acostumbrada á leer en los ojos de Daniel lo que pasaba en su corazón, vió claramente, al través de la sonrisa con que se esforzaba en alegrar su semblante, las indelebles huellas de un recóndito pesar.

No hay frases con que expresar el sentimiento de la pobre huérfana.

Bastaba que su hermano sufriera, para que ella no tuviese punto de reposo.

⁂

En una hermosa tarde de Mayo, á la hora en que el sol, próximo al ocaso, bañaba con sus pálidos resplandores el taller del pintor, hallábase sentado éste frente al caballete, con la paleta en una mano y el pincel en la otra.

Caída la cabeza, revelando en su actitud hondo pesar ó material desaliento, contemplaba extasiado, con los ojos humedecidos por el llanto, un delicioso busto de mujer, pintado sobre el lienzo, de regular tamaño, que el caballete sostenía.

La imagen que de tal suerte subyugaba á Daniel, era merecedora en verdad de aquel tácito homenaje, pues más que á criatura humana, correspondía por su rara belleza y celestial dulzura, á una virgen de Murillo.

Comparando el ser real con el pintado, observábase en ellos identidad de sentimientos, cual si estuviesen en secreta inteligencia: diríase que entre el retrato y el artista existía misteriosa atracción; que se comprendían mutuamente; que se hablaban en silencio.

Sabe Dios cuanto tiempo se prolongara la abstracción del pintor, á no sacarle de ella Dolores, quien,

penetrando á la sazón en el taller, acercóse de puntillas á su hermano, tocóle en el hombro y le preguntó... con triste acento:

—¿Qué es esto? ¡lloras!

Levantóse Daniel sobresaltado, como si despertara de un mal sueño, y... correspondiendo á la cariñosa demostración de la joven, respondióla sin vacilar:

—¡Llorar yo! no por cierto, ¿á santo de qué?

—En vano lo niegas; ¡todavía hay lágrimas en tus pupilas!

—¡Aprensiones tuyas! Te has empeñado en mortificarte y mortificarme.

—¡No me falta motivo! ¡Eres un ingrato! Si me ha-

cías antes partícipe de tus alegrías ¿por qué te opones ahora á que comparta tus penas?

—¡Dale! ¿No te digo que nada tengo?

—¿A ver? mírame á la cara.

—¡Dolores!

—¿No te atreves? ¡claro! Temes que observe tu turbación.

—Te ruego que me dejes en paz.

—Perdona si te contrario; pero es forzoso que me escuches.

—¡Qué pesadez!

—Dos meses han transcurrido desde que observé en ti ese cambio inexplicable. Al principio, se manifestó tu malestar por una extraña melancolía y algún suspiro que otro, tan intempestivo como elocuente; después, se tradujo en gemidos angustiosos y frecuentes pesadillas, que interrumpían de noche tu reposo; y al cabo... ¿Quieres que te recuerde el día en que derramaste la primera lágrima?

—¡No me atormentes más!

—El día en que tu trémula mano comenzó á bosquejar en ese maldito lienzo...

—¡Dolores!

—Esa pintura ha turbado tu tranquilidad y quebrantado tu salud. ¡En mal hora se te ocurrió la idea de!... Dime, Daniel: ¿el rostro que aquí trazaron tus pinceles, pertenece á un ser real ó es invención tuya?... ¿Callas? ¿No merezco ya la confianza de mi hermano?... ¡Habla, por caridad! ¿Existe esa mujer?... ¿la amas?

El interpelado estremecióse, á pesar suyo, y... suspirando con visible angustia, respondió:

—¡No me lo preguntes!

—Existe, sí; ¡y ella causa tu martirio! ¡Qué mala debe ser, cuando así te hace sufrir!

—Modera tus palabras, Dolores; ¡ni de ti sufriré que la agravies!

—¡Ah! ¡Te has vendido! ¡Ves como tengo razón! Esa mujer labra tu desventura... y la mía. Lo presentí, Daniel. Por esto, su vista me subleva, y... sin conocerla, la odio. Más de una vez he estado tentada de hacerla trizas bajo mis pies.

—¡Ay de ti!—exclamó Daniel, interponiéndose rápidamente entre su hermana y el lienzo, para protegerle contra aquel justificado rencor;—si á tanto te atrevieras,... no sé dónde me conduciría la desesperación. ¡Maldeciría, acaso, los lazos que nos unen!

—Según eso, ¡la quieres más que á mí!—murmuró la doncella, transida de dolor.

—Respeta mi secreto; no encones la herida que tu pobre hermano lleva en el alma.

—¡Cruel! pues ¿en quién hallarás consuelo?

—¡Ni en ti ni en nadie!

—¡Resignación se necesita para verte padecer... solo!

—Oye, Dolores; si en algo aprecias mi entrañable afecto, no vuelvas á interrogarme sobre el particular. En esa tela que miras con tanto enojo, se encierran mis ilusiones todas, un presente de amargura y un porvenir... más triste todavía. Sea sagrada para ti; trátala como á mí propio; no la mires con prevención; en ella se refleja mi alma; ¡es el único rayo de verdadera inspiración que me ha concedido el genio!

—¡Pides poco menos que un imposible!

—Te lo exijo,... ¡te lo ruego!

Bajó Dolores la cabeza, en señal de asentimiento, y... disimulando la emoción que la embargaba, abandonó paso á paso el estudio del pintor, mientras éste reanudaba infructuosamente su trabajo, á los oscilantes reflejos de la luz crepuscular.

∴

Cuatro días después, y breves momentos antes de que la parroquia próxima pregonara las doce, un violento campanillazo en la puerta del humilde cuarto donde habitaban los dos hermanos, sobresaltó á Dolores que se hallaba entregada á su labor.

Daniel estaba en su dormitorio, vistiéndose para apersonarse con el mercader de cuadros, quien le había citado con gran prisa.

Salió aquélla á abrir; quedándose sorprendida ante los que llamaban.

Eran estos, un caballero anciano y un joven militar.

Los dorados cordones que en el hombro y brazo izquierdo ostentaba el segundo, revelaban la categoría del primero.

Dolores adivinó, desde luego, en los desconocidos, á un general y su ayudante.

—¿Don Daniel Herrera?—preguntó el de más edad, leyendo el nombre en una tarjeta que tenía en la mano—¿vive aquí?

—Sí, señor; sírvanse pasar adelante.

Precedidos de la doncella, penetraron ambos en el estudio del artista.

—Con su permiso voy á avisarle; ustedes dispensarán si tienen que aguardar un poco. Se está vistiendo para salir.

—No le hace,—contestó con rudo acento el anciano, hombre cuyo rostro cejijunto infundía cierto respeto, y que, pese á su carácter bondadoso, hablaba siempre, por costumbre, en són de mando;—esperaremos á que se vista.

—Háganme el obsequio de tomar asiento.

—Dispense... otra pregunta. ¿Es usted su esposa?

—No, señor; su hermana.

—¡Ah! ¡por muchos años! Pues, avísale usted y vuelva con él. Tengo el encargo de ver á los dos.

(Se continuará.)

MOSAICO

En cumplimiento de un grato deber de cortesía, de acuerdo con los sentimientos de nuestra propia voluntad, saludamos respetuosamente á la prensa española y americana y á la de Europa entera, á la que pedimos su valioso apoyo y ofrecemos nuestro humilde concurso.

Hacemos á la vez público el testimonio de nuestra gratitud á los artistas y literatos españoles que, con noble entusiasmo y emulación digna de todo elogio, han puesto sus talentos al servicio del ALBUM SALON.

Saludamos también al público, de cuya ilustración y benevolencia esperamos desinteresado apoyo, ya que no por nuestros méritos, por nuestro noble esfuerzo para dotar á España de una Ilustración digna de la cultura de nuestro pueblo.

En otro lugar de este mismo número, hallarán nuestros lectores el programa de NUESTROS PROPOSITOS y las condiciones materiales de la publicación.

Tenemos el gusto de anticipar á nuestros lectores el

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: Un hermoso cuadro de Cecilio Plá, alegórico al mes de Noviembre.

PÁGINAS EN COLOR: *SS. AA. RR., las infantas María de las Mercedes y María Teresa;* fotografías de Valentín Gómez, de Madrid, artísticamente iluminadas.

Húsares de Pavía: cuadro de J. Cusachs.

En la feria de Murcia: cuadro de Joaquín Agrasot.

En el Parque: cuadro de María de la Visitación Ubach.

Coro de la Catedral de Burgos: acuarela de F. Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: *El segundo beso,* artículo de Luis de Val, ilustrado por Cuchy.

Grupo escultórico, por Campeny, reproducido directamente.

El desnudo en el arte español, artículo de José Ramón Mélida.

El gobernador de Barcelona y su familia, fotografía de Xatart, hecha exprofeso para ALBUM SALÓN.

Crónicas ligeras, por Pablo de Segovia.

Taller en Roma del célebre pintor español, Enrique Serra, reproducción directa.

¡Demasiado tarde! (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

MOSAICO.

MÚSICA: *Nuestra Señora de París,* por el maestro Giró.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

S. A. R. MARIA DE LAS MERCEDES

FLORES PRIMAVERALES

CELEBRADO, en 29 de Noviembre de 1879, el fausto desposorio del malogrado Alfonso XII con la simpática y virtuosa archiduquesa de Austria, María Cristina de Apsburgo-Lorena, no tardó el cielo en bendecir su tálamo nupcial, concediéndole, á los diez meses escasos, una hermosa niña que fué bautizada en la real capilla con los nombres de *María de las Mercedes,* Isabel, Teresa, Cristina, Alfonsina y Jacinta.

Dos años después, acrecentóse la felicidad del augusto cónyuge, con la venida al mundo de una segunda hija: la infanta María *Teresa,* Isabel, Eugenia, Patrocinio y Diega, no menos angelical que su predecesora.

Aquel doble tesoro, superior á los valiosísimos que había heredado, y á cuantos pueden acaparar los potentados de la tierra, puesto que no está en la mano del hombre conseguirlo, prestó nuevos títulos á la consideración y respeto debidos al joven Soberano, en quien el calor de la familia, avivó la llama del amor que le inspiraba su pueblo.

Mas, si los altos dones de la Providencia llenaban el corazón del padre, haciéndole sentir desconocidas dulzuras, debemos suponer que no satisfacían por completo las aspiraciones del Jefe del Estado.

El sucesor de cien reyes, deseaba, al igual que todos los españoles monárquicos, un vástago varón, en quien se perpetuara, por directa rama, la secular dinastía borbónica.

Afortunadamente, la amante esposa dió nueva muestra de su fecundidad, reanimando las esperanzas del previsor monarca; esperanzas cuya realización no pudo éste conocer, por haber satisfecho el común tributo á la tierra, en edad temprana; ¡antes de que abriera los ojos á la luz el ser tan deseado!

El feliz natalicio de Alfonso XIII, alejó de las sienes de la primogénita, la corona que hasta entonces le correspondía; verdad es que ni ella ni su hermana necesitaban, para realzar su grandeza, otra diadema que la del candor y la hermosura con que la pródiga mano del Creador engalanó su frente.

En las gradas del trono, bajo el regio dosel, brillan hoy, como en el firmamento las estrellas, esas dos espirituales princesas; tiernos capullos que adheridos todavía al majestuoso rosal, abrirán en breve su delicado cáliz... para esparcir en torno suyo el aroma de sus virtudes.

Cuentan respectivamente en la actualidad diecisiete y quince primaveras, y constituyen el encanto de su amorosa madre, que ha sabido cultivar su inteligencia con arreglo á la elevada posición en que las colocó la suerte, é infiltrar en su alma los nobles sentimientos que tanto la enaltecen; dotándolas de una esmeradísima educación, é inculcando en su pura conciencia las máximas de la caridad, cuya práctica es el más preciado blasón de los poderosos.

En justa compensación de tales beneficios, la princesa de Asturias y la infanta Teresa, que á sus encantos naturales y dotes adquiridas, adunan la resplandeciente aureola de una modestia poco común, endulzan con inefable cariño y arrobadores ósculos, en el seno del hogar, las contrariedades y amarguras que, al igual de todos los favorecidos con el supremo mando, experimenta á menudo la esclarecida viuda que rige los destinos de la nación española.

¡Quiera el Todopoderoso conservar la preciosa existencia de esos dos ángeles terrenales, llamados á ser, andando el tiempo, los consejeros íntimos del egregio niño que, por gracia divina, mereció el raro y tal vez único privilegio registrado en la historia, de inaugurar su glorioso reinado dentro del materno claustro!

SALVADOR CARRERA

Fotografías de Valentín Gómez. — Madrid.

S. A. R. MARIA TERESA